

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 384

25 Cts.

EB.



La Taula  
del Demonio

por  
Paulina Garon

FilmoTeca  
de Catalunya

NOY, Wilfred

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA  
EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis  
Administración { Teléfono 18551

Año VII BARCELONA N.º 384



La Jaula del Demonio

(THE DEVIL'S CAGE, 1927)

Asunto dramático, interpretado por

PAULINA GARON



Producción "Extra" Chadwick

EXCLUSIVAS DIANA

ROSELLÓN, 210  
BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de  
DAVID ROLLINS

Uene Photoplay : JUNY 1928 - p. 191



## La Jaula del Demonio

### Argumento de la película

Eloisa era una bailarina sin contrato, una muchacha huérfana que veía pasar los días bajo la amenaza del hambre.

Sin otra compañía que la de su perrito, pasaba las largas horas en la mísera habitación que ocupaba en su casa de huéspedes.

Cierta noche devoraba un salchichón, del que había dado una parte a su fiel compañero de soledad. Era su único alimento.

Llovía... De un cuarto vecino llegaba la música de un piano tocando un baile de moda.

El perrito se levantó sobre sus patas traseras y se puso a bailar.

—¡ Veo que todavía te acuerdas de nuestros buenos tiempos! — dijo sonriente, Eloisa.

Una mujer entró en el cuartito. Era la dueña de la pensión quien con cara de pocos amigos habló así a la muchacha:

—Me ha salido un buen inquilino para este

cuarto y, aun sintiéndolo mucho, tengo que despedir a usted...

—¿ Pero no considera usted mi situación?

—Todo lo que usted quiera, pero el negocio es el negocio... Además si yo fuera tan joven y bella como usted, encontraría dinero fácilmente...

Y salió dejando a Eloisa en el mar de sombras de la duda. ¿Cómo hacerlo para ganar la vida en una ciudad que se le aparecía hostil, en aquel gran París donde nadie hacía caso de ella?

Eloisa tomó una determinación. Marcharía a ver si encontraba trabajo en cualquier parte.

Y despidiéndose de aquella casa que había presenciado la pérdida de sus últimas ilusiones, comenzó a deambular por las calles de la capital, llevando el perrito en brazos.

En una de las callejas más feas del viejo París se encontraba "La Jaula del Demonio", un insignificante cabaret cuyas artistas no lograban atraer la clientela.

Pedro, "El Francés", era el propietario de aquel antro y se desesperaba ante el constante fracaso del negocio.

La mayor parte de las mesas estaban vacías... Tres o cuatro concurrentes presenciaban aburridos el espectáculo.

Bailaron unas muchachas y a pesar de lo ligeritas de ropa que iban, apenas tuvieron éxito.

Pedro se dirigió a una de ellas, la que en otro tiempo había constituido el "clou" de las atracciones y le dijo con melancolía:

—Marcela, es bien triste, pero ya no tienes gancho para atraer a nadie.

Marcela movió los hombros con tristeza. Se escapaba de ella la juventud, y el amargo problema del porvenir se le presentaba con caracteres agudos.

Sentóse solitaria a una de las mesas. ¡Ah, los lejanos días triunfales!

Francamente en "La Jaula del Demonio" cada vez había menos pájaros. Y las pobres atracciones no lograban reanimar aquel cabaret que parecía dispuesto al cierre.

De pronto entró en la sala un joven, de aspecto extranjero. Era un cliente insospechado que a no ser por la lluvia, jamás se le hubiera ocurrido entrar allí.

Sentóse a una de las mesas y con aire aburrido fumó un cigarro.

Unos clientes comentaron en voz baja:

—Es Franklyn, el rico pintor americano.

—¡Ah, ya he oído hablar de él!... Lleva tiempo instalado en París.

Comenzó a bailar una pareja de bailarines "apaches, un baile de esos de taberna, lleno de brutalidad y lascivia.

Indiferente contemplaba Franklyn la actuación de los danzarines.

Eloisa en su errante caminar llegó ante "La Jaula del Demonio". Al oír música, recordó sus actuaciones de bailarina y penetró en el local.

Quedó junto a la puerta admirando a la pareja de "apaches".

El perrito al escuchar el piano, saltó a tierra y se puso a bailar como en otros días más felices.

Después avanzó hacia el centro de la sala y comenzó a tocar el pantalón del bailarín apache.

Este hombre, de aspecto brutal, rechazó de una patada al animalito; pero éste volvió a él, y ahora, en vez de acariciarle, pretendió morderle en una pantorrilla.

Los escasos clientes reían por el inesperado incidente y Eloisa, junto a la puerta, no osaba moverse ante la audacia del "compañerito".

El apache, al sentir el agudo filo de los dientes del perro, le dió un formidable pisotón y el pobre animal, alejándose, comenzó a gemir y a encoger la patita lastimada.

Al ver aquello, Eloisa se enfureció. Quería tanto a su perrito que el daño parecía que se lo habían hecho a ella.

Y se dirigió al bailador, recriminándole con dureza.

—Cuide mejor del perro y no lo deje suelto—dijo el bailarín, que se había visto obligado a interrumpir su danza.

—Mi perrito no hace daño a nadie. Es inofensivo.

—Eso cuénteselo a su abuela.

—¡Bruto... más que bruto!

Y empezó a darle golpes en el pecho; pero el apache se enfureció y quiso agredir a la ingenua criatura, que, despavorida ahora por el terror, corrió desesperadamente por la sala,

hasta ponerse junto a la mesa de Franklyn, como si buscara la protección de este hombre.

Franklyn se levantó e impidió que el apache hiciera daño a Eloísa.

—¿Quién es usted para cerrarme el paso?— dijo el bailarín.

Y, armándose rápidamente de un puñal, fué a clavárselo al pintor. Este sabía dominar bien sus puños. De un formidable mazazo derribó en tierra a su enemigo.

Acudieron varios hombres, entre ellos Pedro, llevándose de allí al bailarín mal herido.

El dueño del cabaret se deshizo en excusas ante el cliente.

—No sabe usted cuánto lamento el accidente, señor... Precisamente en mi cabaret, donde reina siempre la paz...

Luego avanzó hacia Eloísa, que contemplaba extática a su inesperado salvador, que unía a esta cualidad la de ser un hombre joven y distinguido.

—¿Qué busca usted aquí?— gritó Pedro, mirando de arriba abajo a la muchacha—. ¡Esto no es ningún asilo de vagabundas!

Eloísa miró a Franklyn y le dijo, como si quisiera borrar el mal efecto de las anteriores palabras:

—¡No lo crea usted! ¡Yo no soy ninguna vagabunda, señor!... Soy una bailarina que busca trabajo!

Franklyn guardó silencio. Y el empresario se echó a reír de modo provocador.

—¡Debe ser la gran Pawlova disfrazada! ¡Seguramente que si baila nos va a dejar embobados!

—¿Quiere usted que lo pruebe?

—Ande, así nos reiremos un poco...

Pedro fué a sentarse en compañía de Mar-



*...impidió que el apache hiciera daño a Eloísa.*

cela y de otras artistas, mientras Franklyn volvía a ocupar su puesto.

Eloísa se descalzó, quitóse las medias y empezó a bailar, acompañada por el piano.

¡Y cómo bailaba aquella criatura! ¡Con qué

precisión, con qué ritmo, con qué maravilloso movimiento!

Pedro exclamó, sobrecogido por la sorpresa:

—¡Pues baila magistralmente! ¡No lo hubiera creído nunca!

También Franklyn, sin perder su seriedad, confesó que la muchacha era un primor danzando.

Pero, de pronto, Eloísa cayó en tierra, desvanecida... El esfuerzo que había realizado era demasiado intenso para una mujer que había comido en veinticuatro horas sólo un pedazo de salchichón.

Franklyn acudió a levantarla, lo mismo que Pedro y Marcela. Le dieron a beber una copa de licor y la joven volvió en sí.

—¿Qué le pasa?—preguntó Franklyn.

La joven miró con sus hermosos ojazos al pintor y le dijo con un gesto de desaliento:

—Lo que tengo no es más que hambre... La mejor medicina sería un poco de alimento.

—¡Pobre!... ¡Hagan el favor de servirle una buena comida!

Media hora después, Eloísa se encontraba más animada ante el espléndido festín con que la habían obsequiado.

También el perrito tenía su manjar, pues ella había dicho:

—Mi pobre perrito está muerto de hambre. Denle algo de comer antes de que se fije en otra pantorrilla...

Franklyn contemplaba con tristeza a la pobre muchacha. ¡Desgraciada criatura!

Apartóse unos pasos y dijo a Marcela, dándole unos billetes:

—Tenga, para que se cuide un poco de esa pobre artista.

Eloísa bajó los ojos tristemente. ¡Cuán noble era aquel generoso salvador!

Pedro se reunió con Franklyn y le dijo:

—De esa muchacha me cuidó yo... Haré de ella una gran artista. Sus cualidades son excepcionales.

Volvieron todos al lado de Eloísa, que había acabado su comida, y el pintor le dijo:

—Debe estar usted tranquila, señorita, pues su futuro queda asegurado. ¡La van a contratar!...

—¡Sí! ¡Yo la convertiré en una estrella famosa!... —dijo Pedro sonriente.

Eloísa apagó su sonrisa. ¡Quedarse allí!... Momentos antes había soñado con la dicha de marchar con su salvador, que ya le parecía su príncipe enamorado.

Viendo que el joven se disponía a salir, le dijo tristemente:

—¡Pero yo hubiera preferido no quedarme aquí!...

—¿Por qué?

Suave y audaz, ella agregó:

—Yo hubiese desado que usted me hubiese empleado en su casa.

Sonrió el pintor, hombre que no quería saber nada de amores.

—El trabajo que yo querría darle no está a la altura de sus méritos—le respondió,

—Pero, al menos, ¿se dejará usted ver por aquí?

Pensando no cumplir, respondió por cortesía:

—¡Naturalmente! Cada vez que me lo permitan mis ocupaciones.

Y, estrechando la mano de Eloísa, abandonó "La Jaula del Demonio".



—¡Yo la convertiré en una estrella famosa!

Y desde aquel momento Eloísa pasó a ser una artista de cabaret. Marcela cuidaría de ella.

Eloísa aceptó las proposiciones de Pedro, que, por el momento, solucionaban su situa-

ción, pero en su alma se abría un gran interrogante:

¿Volvería a ver a aquel otro hombre?

\* \* \*

Mauricio era un verdadero pintor bohemio, cuyas pinturas eran como sus expresiones: bastantes crudas.

A la otra mañana, Mauricio fué a ver a su querido compañero Franklyn.

—¿Se puede saber dónde estuviste metido anoche?—le dijo—. No te encontré en ninguna parte.

Franklyn, sin darle importancia, contó lo que le había ocurrido en "La Jaula del Demonio".

—Comprenderás que la aventura no ha podido ser más vulgar—le dijo.

—Hombre, no tan vulgar como te parece. Supongo que algún día volverás allá por la recompensa... ¿No dices que la joven es bella y simpática?

—Mauricio, no te permito conjeturas que me ofenden...

—¡Hombre!... ¡Eres de una frialdad que aterra! ¡Y, demonio, para pintar obras maestras, para ser artista hay que llevar calor en el

alma!... ¡Y tú no eres más que un americano con sangre de horchata!...

—¡Estoy contento de ser lo que soy!—replicó severamente.

—Te dejo con tu misticismo.

Franklyn quedó solo en su estudio de pintor.

Lanzó un largo suspiro. No, no quería enredarse en cuestiones amorosas. De ningún modo las aceptaba. De la aventura de "La Jaula del Demonio" no volvería a acordarse nunca más.

Los pensamientos y las esperanzas de Franklyn estaban concentradas en conseguir el triunfo de su arte.

Y en semanas sucesivas dedicóse largos ratos a pintar, teniendo por modelo una mujer preciosa.

Tenía que representar una figura de hada y la modelo estaba envuelta en blancos tules y cubría su cabeza con una espléndida cabellera magdalénica.

Y Franklyn, atormentado por la pasión del arte, ponía temblores de emoción en sus pinceles.

Una mañana la modelo se sintió fatigada de posar y, aprovechando un momento en que el pintor estaba distraído, se sentó en un diván y comenzó a fumar un cigarrillo.

Volvióse Franklyn y, al verla de aquel modo, le gritó airado:

—¡Levántese en seguida! ¡Vuelva a adquirir sus actitudes de hada!

—¡Estoy muy cansada!

—Un poco más de paciencia y lo dejamos por hoy...

—¡No, hijo, no! Estoy harta de representar el papel de hada. Mire: puede usted buscar una modelo más inocente para terminar su cuadro.

—Pero...

La modelo le tiró el cigarrillo a la cabeza, se despojó luego de su clásica peluca, quedando con el verdadero cabello cortado a la "garçone".

—No quiero nada más con usted. Me cansa posar...—dijo.

Y ocultóse detrás del biombo para cambiarse su traje de hada por el demoníaco vestido que llevaba por la calle.

Momentos después, entraba Mauricio, a quien su amigo expuso lo que le ocurría. La modelo se había cansado de hacer de hada... ¡Adiós el cuadro en que él cifraba todas sus ilusiones!...

—Déjala por mi cuenta—dijo Mauricio—, que yo entiendo más que tú de estas cosas. Verás cómo la convenzo.

Y llamó en la tela del biombo:

—¡Señorita... preciosa, inspiradora!...

La contestación de ella fué un zapato que le tiró a la cabeza. Mauricio, ante tan contundentes argumentos, no quiso más bromas. Chico, ¡vaya geniecillo el de la modelo! ¡Sí que era un modelo de amabilidad!

La joven salió del biombo y, mirando con



desprecio a los dos amigos, abandonó la casa.

Franklyn quedó lamentándose de su mala suerte. ¿Cómo hacerlo para buscar una modelo angelical que pudiera representar la imagen de pureza y amor que sentía el alma del artista?

—Tendrás que abandonar tu propósito—le dijo Mauricio—. La modelo que sueñas es imposible.

Y, cambiando de conversación, añadió:

—Lo que te conviene es distraerte. Me han dicho que en “La Jaula del Demonio” hay una artista completamente esquiva a todo intento masculino. ¿Quieres que vayamos a verla?

—¡“La Jaula del Demonio!” Me haces pensar ahora que fué allí donde viví aquella aventura... ¡Sí, te acompañaré!... ¡Quién sabe si aquella bella joven estará allí todavía!

Y por la noche se encaminaron al cabaret.

\* \* \*

“La Jaula del Demonio” se había transformado por completo. A la miseria y fealdad anterior había sucedido el espléndido lujo de los cabarets favorecidos por el público elegante.

Quien había obrado el milagro era Eloísa,

qué se había convertido en la danzarina de moda.

Pedro, el propietario, se frotaba las manos de alegría. Maravillosa adquisición la de aquella criatura, venía como un regalo de la suerte en una noche de lluvia y de miseria.

Aquella noche el gran público invadía el salón, convenientemente decorado.

Pedro fué a ver a Eloísa, que acababa de arreglarse en su camarín.

—Eloísa, querida—le dijo—. El salón está lleno de gente, que espera su número con impaciencia... Hoy han venido también bastantes americanos.

—¿Sí?

Y la ilusión pareció poner resplandores de luz en sus hermosos ojos.

Pedro, que se había ido enamorando de la artista, le dijo, sonriente:

—Pero el que usted espera desde hace algún tiempo, éste no vendrá nunca.

Sabía que Eloísa seguía pensando en aquel pintor americano que la salvó una noche...

La sonrisa de Eloísa se ocultó y dijo con seriedad:

—¡Se equivoca usted, Pedro! ¡El corazón me dice que vendrá!...

—No piense en aquel hombre... que no ha vuelto a acordarse más de usted. ¡En cambio, yo!... Eloísa, ¿por qué no quiere usted casarse conmigo?

Y pretendió abrazarla.

Eloísa le rechazó suavemente. No sentía ha-

cia su empresario el menor amor, pero... tampoco quería desengañarle, ante el temor de perder la contrata.

—Le agradezco el ofrecimiento, amigo Pedro, y puede que algún día lo tenga en cuenta...—respondió.

Era ya hora de presentarse en escena. Eloísa se dirigió al gran salón.

Franklyn y Mauricio se habían aposentado en una de las mesas. El pintor buscaba con los ojos a ver si veía a aquella bailarina que él protegiera una noche. ¿Qué sería de la vida de la joven?

De pronto, apareció Pedro. Pasó sus ojos por los concurrentes y se estremeció al descubrir al pintor.

Aquel hombre podía ser su posible rival, y sólo por esa posibilidad ya le odiaba.

—Señores—dijo—, tengo el gusto de presentar a ustedes a la señorita Eloísa con sus geniales danzas.

Momento después, dos muchachas entraban en la sala, llevando una enorme polvorera. De ella salió la encantadora Eloísa. Y bailó, bailó de aquel modo magistral con que sabía hacerlo y que podía compararse al de las más célebres bailarinas.

Franklyn descubrió, agradablemente sorprendido, que la famosa bailarina Eloísa era la misma que él había protegido. ¡Cómo se había encumbrado aquella hermosa criatura!

—¿Sabes, Mauricio?—le dijo a su amigo—.

Precisamente es aquella muchacha de que te hablé.

—¡Chico! ¿Y es posible que hayas estado tanto tiempo sin volver a verla? ¡Es imperdonable! ¡Cuidado que es bonita y baila bien!

—Sí, muy bonita. Ahora me doy cuenta.



...salió la encantadora Eloísa.

Con una modelo como ella sí que pintaría una obra maestra.

Mientras bailaba, descubrió Eloísa de pronto a su caballero de amor, al hombre soñado por ella como su príncipe.

Estuvo un momento suspensa, emocionada,

pero, recobrando su aplomo, siguió bailando con una majestad de páparo.

Su corazón palpitaba alegremente... Sonreía ella al pintor, al hombre que, después de tanto tiempo, había cumplido su palabra de volver.

Cuando acabó su número de baile, y después de corresponder saludando muchas veces a los aplausos de la concurrencia, la hermosa joven rogó a un criado advirtiese a Franklyn que ella le esperaba en el camarín.

Corrió al cuarto con una ilusión loca, de enamorada.

El criado transmitió el recado a Franklyn, quien se levantó para ir allí. Mauricio le despidió, diciéndole:

—¡Quién fuera tú, chico!

Momentos después, el artista entraba en el camarín de la danzarina. Ella corrió a su encuentro con los brazos abiertos, con un deseo de estrecharlo cariñosamente.

¡Le quería tanto!...

—¡Usted... usted!... ¡Nunca había perdido las esperanzas de volver a verle!—dijo.

Pero no le abrazó, limitándose a estrecharle las manos con efusión.

Franklyn, sonriendo y admirado de aquella hermosura, se excusó por el retraso de su anunciada visita.

—Tuve mucho trabajo—le dijo—. Pero siempre me hice el propósito de volverla a ver a usted.

—¡No sabe usted cuánto se lo agradezco!

¡He pensado tanto en mi salvador!

Y hablaba ingenua y emocionada, y le hubiera costado poco declararle hasta su dulce y buen amor.

Franklyn, galante y correcto, pero indiferente al parecer ante las demostraciones sentimentales de la muchacha, se limitó a decirle:

—¿Tendría usted inconveniente en hacer de modelo para mí?

—Lo haría encantada, señor...

—Gracias.

—Si quiere, me puedo ir con usted en seguida—agregó Eloísa, que sólo deseaba la eterna compañía de él.

—No... no es preciso. La espero mañana por la mañana. He ahí mi nombre y mis señas.

Y, después de besar su mano, abandonó el santuario de aquella diosa juvenil.

Quedó la linda muñeca turbada, encantada ante la idea de estar con el pintor... y, acariciando a su perrito, le dijo:

—¡El es menos expresivo que tú! ¡Pero yo lo haré salir de sus casillas!

Pedro había visto salir a Franklyn. Y, celoso, se dirigió al camarín de Eloísa.

—¡Ya sé quién ha estado aquí!—dijo.

—Sí. ¿Por qué ocultárselo? ¡El americano, el hombre que tenía que venir!

—¡No confíe en él! ¡Hágame caso, Eloísa!... Si usted quiere, mañana mismo podemos ir a la Alcaldía a contraer matrimonio.

Y adoptaba una actitud ridícula.

—¡Nada de precipitaciones! — exclamó ella riendo—. Cuando yo me case ha de ser por la iglesia y con toda solemnidad.

—Pero... ¿puedo tener una esperanza?

—Tenga un poco de paciencia y acaso...

Se despidió sonriente. ¿Qué importaba tenerle engañado? El alma de ella sólo tenía un amor: el de Franklyn.

\* \* \*

Al siguiente día, Eloisa, que vivía desde su actuación teatral en compañía de Marcela, ordenó que sacaran de allí su equipaje. Reía alegremente, como la mujer más feliz de la vida.

—Querida Marcela, ¡estoy contentísima!

—¿Se puede saber el por qué de esa alegría?—le respondió Marcela, para quien la vida no reservaba ya sorpresas agradables.

—Vov a casa del americano. ¡Adiós, amiguita! ¡Tal vez nos veamos algún día!

Y luego de abrazarla y besarla, salió de allí, dejando a Marcela con la tristeza de su nueva soledad.

Momentos después apareció Pedro. El dueño del cabaret venía dispuesto a casarse por la iglesia.

Acababa de arreglar los papeles en la Parroquia, pronto a celebrar la boda con Eloísa, yase que ésta le había dicho que cuando se casase lo haría con ceremonia religiosa.

Se sorprendió extraordinariamente al no ver allí a Eloísa.

—¿Dónde está?

—¡Se ha marchado!—dijo Marcela—. Y no me dijo dónde iba.

Terrible furor se apoderó de él.

—¡Y yo que venía a buscarla para casarme con ella! ¡Ella quedó en esperarme!...dijo, mintiendo.

—Pues no parecía que era esa su intención—contestó Marcela, algo burlona.

—¡Ah! ¿Tú sabes algo? ¿Ha ido a ver a ese pintor americano?

Marcela afirmó. ¡Sí, había ido allá! ¿Por qué se hacía ilusiones Pedro? Eloísa amaba a otro hombre.

—¡Dime las señas o te mato!—rugió Pedro, apesando su cuello con furiosa indignación.

Marcela se libró de aquel dogal y pudo responder:

—¡Te juro que no las sé!

—¡Habla... perra!

—¡No las sé... no las sé! ¡Te lo juro!

Pedro la rechazó, furioso. ¿Cómo encontrar a Eloísa? Un extraño presentimiento le decía que ella no volvería al cabaret. Y esta visión le producía un dolor vivísimo.

Mientras tanto, Eloísa había llegado al estudio de Franklyn con su numerosísimo equipaje.

Franklyn, que estaba con su amigo Mauricio, se sorprendió ante la impedimenta que llevaba la muchacha.

—Pero, ¿qué es eso?—preguntó.

—¡Nada... que aquí estoy... y he venido para quedarme!

Franklyn miró desalentado a su amigo. ¡Buena la había hecho! El quería a Eloísa como modelo, pero no como invitada a vivir en la casa. Mas, ¿cómo decirle ahora que se marche?

—¿Dónde está mi habitación—exclamó, bulliciosa, la muchacha—. Voy a cambiarme de traje.

Y como viese que Franklyn la contemplaba con disgusto, ella dijo:

—Parece que no le alegra mucho el que haya venido...



—¡Dime las señas o te mato!

—¡Sí... sí!...

—¡No se preocupe! Yo haré lo posible para amenazarle la existencia.

A una orden de Franklyn un criado condujo el equipaje de Eloísa hacia el cuarto que debía ocupar.

La muchacha fué allí cantando y riendo.

Franklyn y su amigo se miraron, asustados.

—¡Y yo que no quería mujeres en casa!—dijo Franklyn.

Mauricio se echó a reír y le dijo:

—Ya te acostumbrarás a ella... Nada hay tan agradable como la compañía de una mujer bonita. Me lo dirás dentro de algún tiempo.

\* \* \*

Pasó un mes. Eloísa se había instalado en la casa del pintor, sirviendo de modelo a éste en un maravilloso cuadro que pintaba.

El tiempo que llevaba en la casa había aumentado el amor que Eloísa sentía por Franklyn. Pero al verle tan respetuoso, tan tímido, tan serio, Eloísa no osaba manifestarle claramente la pasión que bullía en sus venas.

Por su parte, Franklyn consideraba menos pesada que antes la estancia de Eloísa. También en el fondo de su alma se había enamorado de su modelo, aunque la timidez le obligaba a silenciar ese cariño.

¿Llegaría algún día en que fuera posible decirselo? ¡Tonto! ¡Si ella le esperaba con los brazos abiertos!

Mientras, "La Jaula del Demonio" volvía a ir de mal en peor. La pérdida de Eloísa fué la ruina de Pedro. Y el empresario se dedicaba al alcohol y al juego para olvidar su tristeza.

Bebía continuamente y, viendo su café vacío, decía muchas veces:

—Cuando vuelva Eloísa volverá nuestra prosperidad.

—¡No la verás más!—exclamaba Marcela.

—Pero al americano sí... Y el día que lo encuentre... lo mataré.

Y con aquel propósito terrible de venganza seguía bebiendo, con una sed inextinguible.

La vida es así. Fracaso para unos, éxitos para otros...

Franklyn había acabado su cuadro, su obra maestra, en que representaba la hermosa figura de Eloísa. Y para mostrar la tela a sus amistades las invitó una noche a una reunión.

¡Ah, las felicitaciones llovieron sobre el artista! Y las muchachas, las jóvenes hermosas de la alta sociedad rodeaban al triunfador con la alegría de que el gran artista se fijara en alguna de ellas para esposa. ¡Ser la amada de un hombre célebre! ¡Había mayor dicha?

Pedro, después de haber cerrado su cabaret, salió aquella noche a deambular por las calles de la ciudad.

Quiso el destino que llegara ante la casa de Franklyn. Hubiera pasado de largo de no ver a Mauricio, aquel joven que acompañaba una noche a Franklyn en "La Jaula del Demonio" pasar junto a él.

Mauricio creyó que aquel hombre mal vestido era un pobre y le entregó un franco, a tiempo que entraba en la casa de su amigo.

Pedro tomó aquella moneda y una terrible sospecha anidó en su alma. La casa estaba iluminada. Daban, de seguro alguna fiesta. ¿Estaría allí el maldito americano?



*...rodeaban al triunfador...*

Era preciso saberlo. Saltó la tapia y comenzó a andar lentamente por el jardín.

Mientras Franklyn recibía cordiales enhorabuena, oculta en un rincón del jardín estaba Eloísa, hablando con Mauricio,

—Para él no soy más que una modelo— decía la joven—. No sabe, o no quiere, leer en mi corazón.

—¿Por qué no le habla?

—¡Ah, no! ¡Se lo he dado a entender tantas veces! ¡No me quiere! Ya ve, Pedro: el dueño del cabaret quería casarse conmigo y yo lo rechacé por Franklyn...

—¡Pobre Eloísa!

—¡No quiero estar más aquí! ¡Mañana me marcharé para siempre!

Los dos jóvenes volvieron al salón. Pedro, que deambulaba por el jardín, había descubierto a Eloísa, y una emoción intensa se había apoderado de su ser.

—¡Ah, la amada... la única! ¡No podía estar lejos, seguramente, el pintor! ¡Y él necesitaba vengarse!

Las muchachas rodearon a Eloísa al llegar a la sala, haciendo grandes elogios de ella.

Franklyn se acercó a la modelo, sonriente, cordial... A Eloísa debía su triunfo. Eso no lo olvidaba...

—Señorita, hay que felicitarla de todo corazón—dijo Hegel, otro pintor famoso.

—¡Gracias!...

—Si tuviera usted unos momentos libres haríame un gran honor si quisiera posar para mí—siguió diciendo el célebre artista.

Ella sonrió y miró a Franklyn. No se pertenecía. Su vida, su voluntad, sus acciones eran de este hombre,

—En eso el señor Franklyn tiene la palabra—dijo.

El americano tembló. Temió comprometerse, demostrar aquel amor que no osaba manifestar. Y respondió:

—Usted es completamente libre, Eloísa, y puede hacer lo que le plazca...

Eloísa le miró con desdén y dijo luego:

—¡Acepto, señor Hegel!...

—¡Gracias, Eloísa! ¡El éxito de usted me hará célebre a mí!

Y la pobre modelo se encaminó a un rincón de la sala, viendo fallidos para siempre sus ensueños de amor. ¡No, aquel muchacho no la quería! Se lo había demostrado bien con aquel acto de indiferencia.

Mauricio, que observó la contrariedad de Eloísa, acercóse a Franklyn y se lo llevó a otra estancia.

—Querido Franklyn—le dijo—, parece mentira que no sepas leer en el corazón de esa muchacha...

—Mauricio... pero... ¡si yo la amo!...

—¿Por qué no se lo has dicho?

—¡No me he atrevido! Mi indefinible timidez... tuvo la culpa. Pero ahora sí que me decido.

—¡Corre, corre, tontín!... ¡Que ella tenga esa alegría esta noche!...

—No, esta noche, no... ¡Mañana lo haré!

—Siempre esperando. ¡Decidete de una vez! Y Franklyn, armándose de valor, se diri-

gió a la modelo y la invitó a dar una vuelta por el jardín.

Pedro, oculto en las sombras, vió a su rival y sonrió terriblemente. Su mano se armó de una pistola.

El pintor no pudo reprimir por más tiempo su pasión.

—Eloisa... yo quisiera decírtelo... Soy tan torpe para estas cosas... pero usted me interesa mucho... tanto... que... que... desearía hacerla mi esposa...

Ella sonrió, loca de felicidad.

—¡Oh, Franklyn, Franklyn! ¡Gracias a Dios! ¡Te he querido siempre... siempre!...

Y se besaron dulcemente, rota su timidez y proclamada, al fin, su dicha de amor.

Los celos más terribles llenaron el alma de Pedro. Varias veces estuvo a punto de disparar, pero el temor de herir a la muchacha le contuvo. ¡La amaba, la amaba aún!

¡Ah, esperaría más tarde la ocasión! ¡No se iba de allí sin su venganza!

Los dos enamorados volvieron a la sala. ¡Qué felices se sentían ahora!

Poco a poco fueron desfilando los últimos invitados. La fiesta había tocado a su término.

Eloísa despidióse de su novio con un beso en los labios y se fué a su habitación.

Quedó Franklyn en el despacho, soñando la divina alegría de su felicidad.

Furtivamente, Pedro entró en la estancia. Su mano, oculta en uno de los bolsillos, cogía la pistola.

Avanzó hacia el artista y, mirándolo de un modo siniestro, exclamó:

—Ya puede procurar que esos sueños sean agradables; porque serán los últimos...

—¿Quién es usted?—exclamó Franklyn sorprendido.

—¿No me reconoce? Soy Pedro, el dueño de "La Jaula del Demonio". Usted me quitó a Eloísa, a quien yo amaba, y vengo para vengarme.

—¡Miserable!

—Usted sí que es un canalla, que se apoderó de lo que yo más quería en la vida. Quisiera darme el gustazo de ahogarle poco a poco, con mis propias manos.

—¡Es usted demasiado cobarde para intentarlo!—rugió Franklyn, lanzándose, atrevido, contra Pedro y sujetando el arma que el otro iba a disparar.

Los dos hombres lucharon por tierra en terrible y feroz odio. Una mujer les separaba. Sólo la muerte podía aplacar su ira...

Al ruido de la lucha acudió, presurosa, Eloísa...

Horrorizada, reconoció a Pedro.

—¡Miserable!—le gritó—. ¡Miserable! ¿Qué ha venido a hacer aquí?

Los dos rivales se habían levantado y seguían su pelea. En el ardor de la lucha, Pedro disparó el arma, al azar, y en el mismo momento Eloísa lanzó un grito y cayó en tierra.

—¿Qué ha hecho usted?—rugió Franklyn horrorizado—. ¡Ha matado a Eloísa!



—¿La he matado?—dijo Pedro con ojos extraviados.

¡Oh, qué horror! No tuvo fuerzas para sostener su arma; la dejó caer. Maldito tiro, que se incrustaba en el corazón de la mujer amada.

Y loco de terror, temeroso de ser detenido, saltó por la ventana y huyó rápidamente, atormentado por trágicas visiones. ¡Había dado muerte a su amor!

Eloísa seguía, al parecer, sin vida. Desesperado, Franklyn llamó a los criados. Era preciso avisar inmediatamente a un médico.

Mas, de pronto, Eloísa abrió un ojo, después el otro y luego se levantó, riendo a grandes carcajadas.

—¿Qué es eso?—dijo el pintor, maravillado—. ¿No estás herida?

—¡No, no! Supuse, y supuse bien, que Pedro huiría al creer que me había matado. Por eso me lancé al suelo como muerta. ¡Temía por ti, Franklyn! ¡Aquel hombre tiene malas bromas!

—¡Chiquilla... no le temas! Nos alejaremos de esta ciudad. Además, él ya no volverá nunca. Te cree muerta. Y marcharemos a mi patria a construir el altar de nuestra dicha...

Y ella le escuchaba con divina emoción.

F I N

GRAN EXITO

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

la sentimental novela

# El Angel de la Calle

por la pareja divina

JANET GAYNOR

y

CHARLES FARRELL

Esta semana:

Número Almanaque

de

LA NOVELA SEMANAL

---

CINEMATOGRAFICA

---

para

1 9 2 9

Alarde de buen gusto artístico y literario,  
como todos los años

Regalo de un lujoso álbum para coleccionar  
las postales de L. N. S. C. de 1928